

85-1

451

ACTOS

ORGANIZADOS PARA
CONMEMORAR LA

Fiesta de la Raza

el 12 de octubre de 1925

MADRID, 1926

IMP. MUNICIPAL

ACTOS ORGANIZADOS

PARA CONMEMORAR LA

FIESTA DE LA RAZA

EL 12 DE OCTUBRE DE 1925



MADRID

Imprenta Municipal

—
1926

ACTOS ORGANIZADOS

PARA COMEMORAR LA

FIESTA DE LA RAZA

EL 19 DE OCTUBRE DE 1909



DISCURSOS

pronunciados en el banquete ofrecido por el Excmo. Ayuntamiento
de Madrid al Cuerpo Diplomático hispanoamericano

MISCURSO

El presente curso se divide en dos partes: la primera, que trata de la historia y geografía de España, y la segunda, que trata de la literatura y las ciencias.

El curso se divide en dos partes: la primera, que trata de la historia y geografía de España, y la segunda, que trata de la literatura y las ciencias.

1492 - 1925

1401-1381

Discurso del Excmo. Sr. Conde de Vallellano,
Alcalde Presidente

El Ayuntamiento de Madrid ha acordado
la creación de un Consejo de
Advisores de la Ciudad.

Antes de pronunciar aquellas palabras que hayan de ser obligado ofrecimiento, como una de las notas más características, más predominantes, más altamente eficaces de la Fiesta, es la inauguración del cable que tocando en España une Italia con América, por lo que representa, por el símbolo y por los efectos que ha de producir, me permitiréis que, quizá como lo más saliente de este acto, dé lectura, con la venia del Presidente y la aquiescencia del Director general de Comunicaciones, a los telegramas cruzados con tan fausto acontecimiento.

Del Presidente de la República del
Uruguay a S. M. el Rey de España

Con viva satisfacción contesto a V. M. al expresivo saludo que se ha dignado dirigirme al inaugurarse la comunicación directa por cable entre España y Sudamérica, nuevo vínculo que acercará nuestras Patrias, ya unidas por indisolubles lazos espirituales y materiales. La circunstancia de que al propio tiempo celebramos el aniversario del descubrimiento de América, que constituye una de las grandes glorias de la raza, hace que esta fecha de hoy sea por doble motivo muy grata para los uruguayos, que por mi intermedio envían a la noble Nación española y a su Rey el testimonio de su más viva simpatía y sincera amistad. (*Aplausos.*)

Del Presidente de la República Ar-
gentina a S. M. el Rey de España

Agradezco el atento saludo de V. M. y los nobles conceptos que dedica a mi país. Puedo aseguraros que los argentinos celebramos la inauguración del nuevo cable con la satisfacción que nos causa todo hecho que signifique acercarnos espiritualmente a España, a quien nos une la firme solidaridad de nuestra lengua y nuestras tradiciones. Formulo votos por la grandeza de España y por la ventura personal de V. M. (*Aplausos.*)

Del Presidente de la Repúbli-
ca del Brasil a S. M. el Rey

Río de Janeiro agradeciendo muy reconocido a V. M. amable telegrama que me ha dirigido con motivo de la inauguración del nuevo cable submarino y retribuyendo con sincera efusión los saludos que me ha honrado en esta fecha de tanto relieve en la historia de la latinidad, presento a la noble Nación española y a su digno Soberano los mejores votos por su felicidad. (*Aplausos.*)

De S. M. el Rey D. Alfonso XIII, a
los Presidentes de las Repúblicas
del Uruguay, Argentina y del Brasil

Al inaugurar la comunicación cablegráfica directa entre España y Sudamérica el día mismo en que se conmemora el aniversario del glorioso descubrimiento del Nuevo Mundo, me es muy grato saludar en la persona de vuestra excelencia a la noble Nación que tan dignamente preside y reiterar fervientes votos por su prosperidad y la de toda nuestra raza. (*Aplausos.*)

Y casi, señores, después de leídos estos telegramas, yo debería callarme, porque el ofrecimiento del banquete no es tal ofrecimiento, sino muestra sincera de la gratitud del Ayuntamiento por haber avalorado el acto con su presencia las personalidades aquí reunidas.

Nunca en mejor ocasión que en la de hoy quisiera encontrarme en condiciones de poder expresar el sentir del Ayuntamiento y ponerme a la altura, al unísono de lo que son sus deseos. No hay ofrecimiento de banquete, sino gratitud, porque siendo el Ayuntamiento de Madrid iniciador, promotor de la Fiesta de la Raza, pudiendo decirse en este momento que es cerebro y corazón de España para recoger el sentir y el pensar de la misma en la unión de esos afectos y en la expresión de esos quereres, he de decir que nunca podría recibir el Ayuntamiento de Madrid honra mayor que ver sentado en su mesa a los Embajadores de tres naciones y a los representantes diplomáticos de todas las Repúblicas americanas y avalorada aún esa presencia no ya por el número y calidad de los invitados, sino por lo que aún es más de apreciar—aprecio que debéis todos los reunidos agradecer en grado sumo como lo hace el Ayuntamiento de Madrid—, por la presencia del Presidente del Directorio Militar que, recién llegado, le ha faltado tiempo, tratándose de la Fiesta de la Raza, para venirla a solemnizar y a decir todo lo que significa en afectos y en hondos quereres lo que es el pensar y el sentir del Gobierno y de la Nación española. (*Grandes aplausos.*)

Repito que no debía haber ofrecimiento en esta fiesta. Perdonad que un Alcalde, que habla en representación del pueblo, no se someta estrictamente a los moldes diplomáticos de los ofrecimientos usuales y cortesanos. Esto no es más que una fiesta familiar en que se une España en un abrazo fraternal, cordial, caluroso, con sus hijas de América. (*Aplausos.*) Y es la madre desangrada, tradicional, próspera, que se reúne con sus hijas florecientes, con lo que supone todo un emporio de grandeza y porvenir brillante de América; palabras mágicas de las que debemos enorgullecernos, para no olvidarlas nunca, y según decía esta mañana, nuestra misión primordial será inculcar en el corazón, en el pensamiento y ánimo de los niños, que han de ser las generaciones del futuro (que nosotros no podemos hacerlo todo, pero sí aspirar a que las generaciones que nos sucedan sean mejores que la nuestra), haciéndoles observar que el porvenir de España está en América, así como el porvenir de toda esa América está en España. (*Aplausos.*)

La obra en punto a la actuación del Ayuntamiento se mide por sus balances, y en un año de labor debo decir que en torno a la Fiesta de la Raza no cabe hacer más que lo que el Ayuntamiento de Madrid ha realizado, no con manifestaciones esporádicas que surjan el día 12 de octubre, sino por las manifestaciones constantes, sentidas, permanentes, duraderas, y es un día cuando el Ayuntamiento recoge la acertada iniciativa del Gobernador de la provincia, Sr. Semprún, y propone se dé nombre de Avenida de Cuba a una de las calles del Parque de Madrid, única que faltaba en aquel recinto, en que tienen representación todas las Repúblicas americanas; el Ayuntamiento de Madrid se asocia con fraternal júbilo a la fiesta de despedida del Sr. García Kolhy; el Ayuntamiento de Madrid pone, y considero esto como jalón fundamental, la piedra conmemorativa del monumento a la figura excelsa de Bolívar, que colocaremos después, a las cuatro de la tarde, en la plaza de Salamanca, y el Ayuntamiento de Madrid recibe como hermano al Presidente Zaidín, del Congreso de Diputados de Cuba, y al Senador Fernández Hermo, al Alcalde de Bogotá, Santamaría, y a todos recibe para decirles: «Aquí no hay más que amigos y hermanos; estáis en vuestra casa». (*Aplausos.*)

Y claro es, señores, que si éste es el deseo, el sueño es aún más grande. No llaméis quimeras a los sueños, que los soñadores, los poetas, los románticos son los que han hecho las grandes obras; no los que van abajo y a ras de tierra, los que no piensan en una elevación más ideal hacia la altura infinita. Nuestro sueño es aún mayor. El miércoles presentaré al Ayuntamiento una moción para que éste encabece con 5.000 pesetas la suscripción a fin de adquirir el archivo de Colón y excitar a los demás Ayuntamientos españoles a que secunden esta iniciativa; y para el año próximo se celebrará un concurso, al que el Ayuntamiento destinará premios considerables para aquellos trabajos que no sólo representen esa afección íntima y necesaria que es el vínculo espiritual, sino además que, preocupándose de los problemas materiales, económicos, comerciales, que son los que unen a los pueblos, presenten soluciones eficaces de orientación y aproximación prácticas.

Y en este sentido, señores, aun quedaría en esta hora de sueños soñar algo más: que cuando, merced al esfuerzo del ilustre caudillo general Primo de Rivera, haya desaparecido la pesadilla que constituía el problema africano, en vías de una pronta solución; cuando dedicados a la reconstrucción material de España, a los mil problemas que agobian la atención de los gobernantes, problemas que piden que dediquemos a ellos todos nuestros esfuerzos, hayamos podido encauzarlos y resolverlos, entonces es cuando se realizará el sueño de lo que es un deseo de España recogido en América, y en una embajada espiritual que represente todo el amor y todo el cariño de esta Patria, nuestros Reyes, acompañados del Príncipe de Asturias y rodeados de lo que es la alta representación nacional en todos los valores literarios, estéticos, científicos y de todos órdenes, podamos presentarnos ante América diciendo: «Esto es España»; y rodeados de una exposición flotante de barcos comerciales, llevando nuestros productos, y de nuestra Marina de guerra, que pasee de nuevo sus pendones gloriosos por los mares del Atlántico y del Pacífico, podamos, haciendo una ofrenda a América, manifestar: «Esta es España, y en nombre de España viene a hablaros la más alta embajada, la que es la representación más alta,

más constante, más eficaz, más íntima y más intensa de nuestro pueblo: nuestro Rey Don Alfonso XIII». (*Grandes aplausos.*)

Y por que ese sueño sea realidad levanta su copa el Alcalde de Madrid, haciendo votos muy sinceros y muy cordiales en nombre del pueblo que dirijo. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

Discurso del señor Embajador de la Argentina

Discurso del señor Embajador de la Argentina

Por hilo telegráfico acaban de volcar el alma de cuatro naciones: Italia, la madre de Colón; el Brasil, el Uruguay y la Argentina. Como si fueran pocos los vínculos afectivos que nos unen, uno más, de hoy en adelante, nos atará en los afectos, y seguro estoy, señores, que en festejo como el aniversario de hoy, todas las otras Repúblicas americanas están con nosotros en este momento, están comunicándose con nosotros por el hilo inalámbrico de los cariños y de los recuerdos.

España vive en América, vivirá en el tiempo y en el espacio; desaparecerán los siglos en el mar sin fondo y sin orillas del tiempo; pero Colón y España, los descubridores del Continente americano, ¡ah, señores!, no serán jamás arrastrados por el silencio al mar muerto del olvido. Los cambios y orientaciones políticos, las mutaciones filosóficas pulverizarán las estatuas de ídolos pretéritos; pero las que forjó la conquista, esos que tienen sus pedestales en América, esos, señores, están destinados a crecer gigantescamente, porque creciendo el pedestal ellos se elevarán también y no habrá ojos en la Humanidad que dejen de verlo, como no se dejan de ver los astros y el sol que los alumbra.

Yo no sé, señores, si los pronósticos del pesimismo se cumplirán en el mundo; creo, sí, que conforme a una ley histórica e inexorable, el cetro, en manos hoy de Europa, irá poco a poco inclinándose más hacia Occidente; pero si eso sucede, tened por seguro que veinte Repúblicas entonarán siempre en el idioma de Ercilla y Camoens la grandeza de los conquistadores, y creed, señores, que cuando llegue el Homero esperado se abatirán las figuras de Aquiles, de Héctor y Agamenón para que surjan esas otras de vuestra estirpe, de la estirpe de Cortés, de Valdivia y de Pizarro. Y tanto es así, señores, que el poeta necesitó de la intervención de los dioses mitológicos para que sus héroes pudieran realizar hazañas, que los de España superaron con la fuerza de su brazo y la fe de su corazón. (*Aplausos.*)

Toda España y el mundo entero acaban de admirar el desembarco de las tropas españolas en Alhucemas. Señores, yo lo he admirado también, pero he visto en ello un caso de estricta lógica, porque españoles fueron los primeros que midieron la inmensidad del Atlántico, los que descubrieron el mar Pacífico, el más grande de los mares, y bajo el mando del portugués Magallanes encontraron el cordón umbilical que une los dos grandes Océanos. Y por fin, señores, fué también español el primer hombre que dió la vuelta al mundo.

Esta mañana coloqué, en nombre de mi país, una placa en el monumento a Colón; pocos días ha hice lo propio en el de Sebastián Elcano. Con esto he rendido homenaje al Alfa y Omega, de lo más portentoso que se ha visto en las aguas. ¿Qué extraño es, por lo tanto, que españoles hayan desembarcado en Alhucemas? Y más, ¿acaso los conquistadores que treparon a las más altas cordilleras del mundo, cuerpo a cuerpo, luchando contra sus moradores, no han sido los precursores, los que

han puesto energía y fe en los soldados que acaban de tomar Morro Nuevo y que han subido a cuerpo descubiertos los breñales del Malmusi? ¡Oh!, la raza es perpetua. Como americano, como argentino, tengo a honor descender de ella, y cuando se siente orgullo de la prosapia, creedme, señores, que nada en el mundo podrá romper los vínculos del amor y de la gratitud. (*Grandes y atronadores aplausos.*)

Discurso del Excmo. Sr. D. Miguel Primo de
Rivera, Marqués de Estella

El Ayuntamiento de Madrid
ha acordado en su sesión de 28 de Mayo de 1903

El Gobierno, que procura siempre acomodar y orientar su labor de un modo afín a los intereses americanos, que son al mismo tiempo sentimientos, ve llegar siempre con gusto este día de la Raza, este día conmemorativo y enardecedor que nos recuerda este deber y nos permite hacer un índice, un balance de nuestra actuación.

El día de hoy se ha señalado de un modo claro en actos que se han celebrado y otros que quedan por celebrar, por la apertura de esa comunicación cuyos primeros honrosos y afectuosísimos telegramas cuya lectura acabamos de escuchar, que nos permitirá mantener con los pueblos de América, a través de nuestra Nación hermana Italia, la comunicación espiritual y la material de intereses que tanto liga, ensalza y engrandece a los pueblos.

Me es particularmente grato, después de dar las más expresivas gracias por los elogios innmerecidos que personalmente he recibido del Alcalde de Madrid y por los merecidos que ha recibido el Ejército de mi mando de labios del señor Embajador de la Argentina, manifestar poquísimas palabras, que seguramente han de ser oídas con regocijo por todos los que me escuchan, y es que el viejo tronco, la vieja rama española ha tenido en estos días nuevos brotes y ha reverdecido con todas las cualidades y condiciones del alma, del sentimiento y del corazón que eran tradicionales en ella. Esto, para los que estamos encargados hoy de guiarla y cultivarla, para el pueblo español que ha de recoger sus frutos y para las razas americanas que como hermanas nuestras han de recoger con orgullo y satisfacción el engrandecimiento de la madre, de la abuela Patria, ha de constituir un motivo de cariño, de estimación para todos, siendo al mismo tiempo un homenaje, que en mis labios tiene que ser sobrio y circunscrito a aquel Ejército de Africa, que acomoda todas sus acciones al santo y noble amor a España. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

Discurso del Excmo. Sr. D. Antonio Goicoechea

Queda a la orden de V. E. para lo que sea de servir.

Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. Antonio Goicoechea en el Teatro de la Princesa de Madrid el 12 de octubre de 1925

Muy de veras lamento que mi falta de autoridad y de elocuencia me impida recoger el canto brillantísimo que a la raza ha dedicado el Sr. García Kohly, Ministro de Cuba en España, y pronunciar, por vía de resumen, una palabra sintética de los grandiosos actos conmemorativos celebrados.

Muchas gentes en quienes predomina sobre el sentido patriótico el sentido crítico, han arrojado sobre este género de fiestas una acusación de lirismo. Somos los que en ellas tomamos parte, meros recitadores de estrofas; producimos humo sin producir fuego; tiene nuestra labor la infecundidad de todo lo que responde sólo a un momentáneo ardor emotivo y a una fugaz sensibilidad exaltada.

Yo contestaría a los que eso dicen con las frases con que un mago de la prosa castellana, José Enrique Rodó, en sus memorables descripciones de las luchas de Ariel contra Calibán defiende los fueros del espíritu contra el utilitarismo miope.

Debemos ser idealistas, no despreciando el aspecto utilitario de la vida, pero considerándolo sólo base de más altas y generosas expansiones. A la vida la gobiernan los ideales, y a los ideales hay que sacrificar muchas veces la vida. (*Muy bien.*)

El elogio apasionado y elocuente que el Sr. García Kohly ha dedicado al valeroso Ejército español que hoy se bate tan esforzadamente en Africa, me recordaba aquél interesante momento histórico en que, obtenida la victoria de Bailén y abatido el vuelo de las aguilas napoleónicas, un polígrafo eminente y poeta inmortal, Andrés Bello, desde el otro lado del mar, la cantaba en versos inolvidables:

El león despertó: ¡temblad, traidores!
Lo que vejez creisteis, fué reposo;
Las juveniles fuerzas guarda enteras.

Es verdad; enteras se guardan las fuerzas juveniles de la raza; preparada, como nunca lo estuvo, por el espíritu romántico que aprendió en los cancioneros y en las viejas fablas, para los grandes y austeros sacrificios. Él lleva a los campos de batalla la pasión de ideales y la codicia de gloria; eleva al pináculo a los héroes y sepulta lejos o cerca a mil mártires silenciosos y oscuros, sin posteridad que los recuerde, ni poeta que los cante. (*Grandes aplausos.*)

La empresa del descubrimiento de América es obra del pueblo y constituye una lección práctica de democracia en el más amplio sentido de la palabra. La mayoría de los conquistadores y exploradores son de extracción humilde. Su labor gigan-

tesca no se ve siquiera auxiliada por el Estado. Un escritor mejicano ha podido con acierto decir que el Estado sólo aportó al descubrimiento la bula de Alejandro VI, que daba legitimidad a lo conquistado. Pizarro y Almagro llevaban gastado más de 30.000 pesos de su peculio en exploraciones de las costas del Perú, antes de realizar su conquista.

No es la labor de la conquista, con su deslumbrador aparato aventurero y militar, lo que en el descubrimiento es más digno de elogio. Hay algo más imperecedero: la obra cultural y civilizadora llevada a cabo por España en América. (*Muy bien.*)

Es ese un punto que se roza con lo que se ha llamado la leyenda negra de España. Pero en irla destruyendo con el estudio y la investigación histórica se cifra la mayor utilidad de fiestas de esta especie; porque es verdad la afirmación que ha hecho acerca de ese particular un escritor mejicano insigne, Pereyra: la leyenda negra no es otra cosa que la leyenda de la indocumentación y de la ignorancia. (*Muy bien.*)

Pereyra se asombraba, con razón, de que en obras destinadas a la enseñanza de la juventud, se consignen errores tan enormes como el de convertir a Caracas en puerto de mar. A Seignobos, ¿no le ha señalado su compatriota Marius André *cincuenta y seis* errores históricos en media docena de páginas? Así, con esa ligereza y esa frivolidad se ha escrito la Historia de América, para llegar sistemáticamente al resultado de hacer creer a las generaciones americanas, halagando su explicable vanidad de pueblos jóvenes, que se habían formado a sí mismos y que nada debían a España, limitada en tres siglos a la tarea de explotar riquezas, esclavizar hombres, arrojar sombras en las conciencias y derramar sangre a raudales. (*Muy bien.*)

Contra esa inicua injusticia es necesario protestar con indignación. No se puede dar un paso en la reconstitución de la historia y de la conciencia americanas sin tropezar con la obra ingente realizada por pacientes y abnegados hijos de España, muchos de los cuales vestían el humilde sayal del religioso.

Aquel Alonso de Monardes, que por primera vez publicó en Sevilla, en 1565, una historia medicinal de las Indias, bien pronto traducida a todos los idiomas europeos; aquel toledano, Francisco Hernández, a quien alguien ha calificado de primer héroe y primer mártir de la ciencia americana, que viajó por América, por encargo de Felipe II, durante siete años para hacer un inventario de la riqueza botánica que encerraban sus bosques; aquel P. Zumárraga, primer Obispo de Méjico, arrancado por Carlos V a las soledades del convento del Abrojo, e introductor en América de la primera imprenta, no son nombres aislados... Son parte no más de una generación esforzada, que dominaba a América con su trabajo y su ciencia, mientras Pizarro, Valdivia, Almagro y Cortés la dominaban con su espada. (*Muy bien.*) Ni siquiera en el estudio de las primitivas lenguas habladas en América ha sido posible adelantar sin recurrir a las gramáticas y los vocabularios de modestos frailes Franciscanos, como el P. Olmos, como el P. Toribio de Motolinia, como el P. Sahagún, que consagraron a tales investigaciones su vida entera y escribieron, como resultado de ellas, libros monumentales y admirables...

La perpetuación de la leyenda de que España nada dejó en América que fuera valioso y perdurable, no es, en el fondo, más que una tentativa de desnacionaliza-

ción de América misma. Esa injusticia separa a España de América; pero no separa menos a los pueblos americanos entre sí.

Los pueblos americanos no pueden sentirse conscientes de un destino común, si se les priva de lo que Ugarte ha llamado «la espina dorsal de los recuerdos».

Sirvan solemnidades como la presente para reconstituir el bloque espiritual que, unidos entre sí y con la madre Patria, formaban y deben volver a formar los pueblos hispanoamericanos.

España anhela, no para ella, sino para la raza que ella engendró, el dominio del mundo. De ella, más que de sí misma, lo espera todo; porque América es para España como el árbol pletórico de esperanzas, pintado en versos inolvidables por Gabriela Mistral:

A tu vida me consagro,
Descansarás en mi amor:
¿Qué haré que valga el milagro
De tu fruto y de tu flor?

(Grandes aplausos.)

EL ALTAR DE LA RAZA

por GOY DE SILVA

Poesía escrita para la Fiesta de la Raza organizada por el Ayuntamiento de Madrid,
12 de octubre de 1925

El ara de la raza de júbilo hoy se cubre.
Su fecha memorable, la del 12 de octubre,
llega este año a España en alas de victoria.
No hay página en la historia del mundo con más gloria
que la que escribió España al descubrir la América;
ni hay hazaña más grande en la leyenda homérica
que la gigante hazaña de las tres carabelas,
henchidas de entusiasmo y de audacia las velas,
lanzándose al acaso por el piélago ignoto
sin más verdad que el sueño del más loco piloto,
tan loco como el héroe sublime de Cervantes.
Más ancha que Castilla la mar, tres rocinantes
necesitó Colón para sus aventuras.
¡Fué un Quijote sin Sancho, de gloriosas locuras!
Más bien que rocinantes fueron tres clavileños
las naves de madera, ¡oh sueño de los sueños!
La noche fué terrible, ¡pesadilla que aterra!
¡Pero al llegar la aurora surgió la Nueva Tierra!
Surgió el mundo soñado, y las naves de España
asombraron al orbe con la más grande hazaña.

.....
Hoy celebra la raza su fiesta más solemne.
Sobre el altar, el lauro con su verdor perenne
coloca el pueblo hispano en esta nueva fecha.
La raza sigue honrada y España satisfecha
envía su mensaje a los pueblos fraternos,
fundados por España con cimientos eternos.
¡Salve, 12 de octubre, salve, fecha gloriosa!
¡Salve la madre España, encina milagrosa;
encina siempre fuerte, madre de las encinas,
madre de las Américas y de las Filipinas!
Pueblos que son la aurora de la vida moderna,
por ellos, noble España, tu raza será eterna,
será eterno tu verbo y perenne tu gloria.
Veinte páginas vivas del libro de la Historia
escritas con tu sangre, ¡oh, fecunda matrona!,
son las veinte naciones que forman tu corona.
¡Salve, 12 de octubre, salve, fecha gloriosa!
Veinte estrellas componen la corona de diosa
que los pueblos fraternos te ofrecen hoy, España.
¡Cada estrella es un mundo que nació de tu entraña!

EL ALTAR DE LA RAZA

MANUEL DE SILVA

Discurso del Excmo. Sr. D. Hilario Crespo

Don Juan de Austria, Duque de Medina Sidonia

CUMPLIÉNDOSE LOS DESIGNIOS DE LA HISTORIA, AMÉRICA Y ESPAÑA SE ABRAZAN

Fué el insigne tribuno e historiador D. Emilio Castelar, el que, leyendo en el libro del porvenir, supo legarnos la siguiente profecía: «...y como el descubrimiento de América es la obra capital de nuestra España, y al nombre hispano se hallan todos estos progresos unidos, no será mucho creer que un día ya cercano, cuando los pueblos del Nuevo Mundo alcancen mayor conocimiento de todo cuanto deben a quienes les llevaron la moderna cultura, consagren una especie de culto religioso a la madre histórica suya, nuestra España, como hemos tenido que consagrar en el helenismo un culto a Grecia y en el catolicismo un culto a Roma; nosotros, fundados en lo que hicieron por todos los hombres en el Viejo Mundo y en la antigua historia, lo mismo que los españoles hemos hecho en la historia moderna por el Nuevo Mundo».

Consoladoras, y mucho, son estas bellas palabras que, por encerrar una profecía tan hermosa como justa, son las que me van a servir de tema para mi disertación, pues son palabras que tienen como fundamento un fenómeno tan perfectamente reconocido como explicado: la gratitud de los pueblos para con aquellos otros pueblos a quienes deben un bien.

Y tan es así, que el hombre cuando es capaz de tener un sentimiento noble, un impulso elevado, por este sólo hecho se ha colocado ya en un plano de civilización superior al de aquel otro que aún no es capaz de abrigar en su pecho más que los sentimientos ordinarios que dicta el egoísmo, que dicta la conservación o la satisfacción del *yo*, con exclusión de todo lo que implique sacrificio o siquiera reconocimiento de ciertas obligaciones para otro u otros semejantes.

Porque todos los pueblos, por no ser en definitiva, sino conjuntos de hombres, han tenido forzosamente que someter su actuación psicológica a etapas más o menos determinadas, pero siempre éstas en armonía con el grado de civilización alcanzado por sus respectivos pobladores. Son, por consiguiente, los pueblos primitivos, pueblos que no pudieron poseer en aquellos remotos períodos de su formación sentimientos elevados, pensamientos generosos u obras que, por su alteza de miras, pudieran significar el bien para la Humanidad.

Pero como la educación progresa, el sentimiento nace y el ideal se forma ya en esos pueblos, entonces, se comenzará a vislumbrar impulsos levantados, demostrándonos los aludidos pueblos con sus actos la existencia de una idea colectiva capaz de hacer sentir y de hacer expresar un algo que sirva para situarlos en un plano de civilización mucho más elevado que el que antes poseían, entrando, pero ya de lleno, en el amplio campo de la evolución. Es decir, en ese constante ascen-

so de los pueblos afanosos de buscar su mejoramiento espiritual y económico, que tiene como finalidad el alcanzar para sí mismos horizontes más dilatados y campos más vastos para la acción de sus ideas, en forma tal que, por hallarse ya alejados de aquellos sus peculiares egoísmos primitivos, se sienten ansiosos de extender el fruto de todas sus actividades a los demás pueblos. Y entonces esos pueblos, ya capacitados para saborear las mieles del «hacer bien», tendrán que pensar, que agradecer y que enaltecer los bienes de todo orden por ellos recibidos.

Por consiguiente, y como efecto de esta causa, Europa, en sus anhelos de expresar su gratitud ha honrado a Grecia y a Roma, manantiales fecundos de donde a torrentes desbordados brotó la cultura de que hoy disfruta. Asimismo América tendrá que honrar a España, porque ella llevó todo el caudal de la experiencia del mundo que poseía, más todos los tesoros de su civilización y de su cultura que había sabido acumular en el transcurso de los siglos.

Supo Grecia en aquellos períodos de luchas constantes de las edades bárbaras, alentada por los espíritus de hombres selectos, señalar nuevos y más dilatados horizontes a la acción del pensamiento, enalteciendo con las artes, a la libertad y al derecho, teniendo, al sentirse consumida por su propio fuego, que ofrecer paso franco a otros pueblos más robustos, precursores de los mismos ideales. Pero aquella su grandiosa obra ya estaba immortalizada, porque como obra de progreso no podía perecer.

Y fueron después los romanos los que, como dignos herederos de las civilizaciones griega y oriental, se afanaron por marcar la dirección a seguir por el mundo, extendiendo con fuerza arrolladora a todos los ámbitos de éste su civilización, que no era, en definitiva, sino la civilización acumulada por mil distintos pueblos, recogida por aquellos elevados ideales que antes habían servido de base a Grecia para los progresos futuros.

Fué Roma, la Nación fuerte por excelencia, y fué a ella a la que cupo la gloria imperecedera de proclamar el triunfo del cristianismo, credo religioso que vino a transformar la orientación de la moralidad humana, asentando para siempre aquellos sus principios básicos sobre la igualdad y la caridad incompatibles con los antiguos credos y costumbres.

Cayó asimismo en ruinas el Imperio romano, hecho que forzosamente tenía que producirse, porque su misión en los destinos del mundo ya estaba cumplida. Y como tenía que suceder, todos aquellos pueblos que habían contribuido a la destrucción de su apogeo y poderío, regidos por aquellas valiosas conquistas obtenidas en los vastísimos campos de la moral y del derecho, conquistas que ya habían sido sancionadas por griegos y romanos, ufanáronse en proseguir con fervoroso entusiasmo la obra de esos dos grandes pueblos de fama imperecedera.

Inmenso ha sido desde entonces el acrecentamiento conseguido para la obra de esos pueblos en todas las manifestaciones del saber; pero Europa, aun encontrándose hoy en la más alta cumbre de su progreso, de su cultura y de su civilización, no se ha olvidado jamás de los orígenes de esa vida espiritual que disfruta, y por ello, queriendo expresar los fervores de su gratitud eterna, ha erigido dos suntuosos altares: uno que está consagrado a Grecia, como madre fecunda de las Artes, de

las Ciencias y de las Letras; y otro dedicado a Roma, la ciudad eterna, en el que se la rinde un fervoroso culto por haber sabido legar a la posteridad con sus bellos monumentos, el emporio de sus leyes y de sus creencias.

Y fueron después otros pueblos, pueblos nacidos sobre los ruinas de aquellos famosos imperios, los que recogiendo los conocimientos adquiridos y los principios conquistados, constituyéndose primeramente, y robusteciéndose después, consiguieron escribir con tanta gloria las épicas páginas de la Edad Media, precursora de nuestra Edad Moderna, en la cual culminan, pero en su máximo desarrollo, todas aquellas ideas de la antigua cultura, que hoy nos son ofrecidas como rico, sabroso y sazonado fruto de aquellas legendarias luchas y de aquellos titánicos esfuerzos de tantos siglos y de tantos hombres.

Había en nuestro planeta otros territorios que carecían de toda comunicación con los nuestros; pueblos aquellos que hallábanse asentados al otro lado de un mar al que ningún marino habíase todavía atrevido llegar. Eran los pueblos aborígenes de la hoy floreciente América, que, extendidos por su fértil Continente, vivían sin sospechar la existencia de otros Mundos y de otros hombres, y mucho menos aún que habían de ser puestos en contacto con el resto de la Humanidad por la llegada a sus costas de aquellas tres históricas carabelas de la gloriosa expedición de Cristóbal Colón, denominadas *Pinta*, *Niña* y *Santa María*.

En cuanto a la importancia de esta gigantesca epopeya nuestra, no me cumple decir más que aunque sobre toda la española gente definitivamente se levantara otras gentes que, más afortunadas o más diestras, logran que todo lo ibérico cayera en ruinas, poco o nada importaría este hecho a nuestra bien adquirida gloria en el descubrimiento de América, que escritores como Solórzano y Pellicer le suponen haber sido ya presentido en la profecía de Isaías, Ezequiel y David, y en los textos de los Evangelistas, traducíéndose, según el sabio teólogo Tomás Boecio, en las videntes palabras de Isaías, hasta el nombre de Colón, cuando dice: «¿Quiénes son estos que vuelan, y como *palomas* (colombes)?» «Pues las *islas me esperan*, y las naves del mar en el principio, para que traigan a sus hijos desde lejos, y su plata y oro con sellos.» Y he aquí que Posidonio, maestro de Cicerón, había pensado que la longitud de nuestro Mundo habitable era de setenta mil estadios, y dijo: «Si uno navegase desde Poniente con sople Euro igual número de estadios arribaría forzosamente al país de los indios.» Mas los hombres de aquella época no entendieron este lenguaje, porque no era cierto como la palabra de Dios.

También Diodoro de Sicilia, maestro de César, adivinó en el libro segundo de sus *Historias* una isla preciosa, como la rica joya del Nuevo Mundo, maravillosamente descubierto.

Gozáronse las gentes oyendo estas maravillas, relacionadas con la existencia de otros soles purísimos y de luengas tierras, pródigas, como las mieses del estío, en dulzura de panales, de palmeras y de naranjos. Vieron los copos henchidos de vellones albos como la espuma rumorosa de las aguas; las tímidas ovejas balando quejumbrosamente en los innúmeros rebaños, tan inmensos como aquellas arenas cálidas del desierto, refrigeradas por el baño santo de la *mar tenebrosa*... Mas entonces pensaron que fuera desvarío aventurarse en tamaña empresa, obra que con-

sideraron más propia de dioses que de hombres. Y por ello los hijos de la orgullosa Cartago decretaron la aplicación de la pena de muerte para quienes osasen navegar hacia tales regiones.

Vinieron otros tiempos, y tras de la noche el día; éste, espléndido y luminoso, para los justos; aquélla, lóbrega e interminable, para los idólatras. Y es Teopompo, profeta como Platón, el de la Atlántida, el que expresando su sublime inspiración nos dice: «De Oriente a Poniente, a todos cuantos oyeren y escucharen, único y verdadero Continente es aquel que se halla de la otra parte oculto». Y ni a Elianó, ni a Mazuli escucharon. ¡Oh historias varias! ¡Oh praderas de oro! Los que esto leyeron no lo entienden, no adivinan lo que quiere decir, porque callan y enmudecen. Mas he aquí que el bueno, el justo Manasés Ben Israel es el que asegura que las diez tribus cautivas de Salmansar, el guerrero, pasaron desde el Eufrates a una región remota. Y Genebrardo, el sabio en leyes rabínicas, dice respecto de esto: «La tierra de Assabee es la Tartaria mayor, desde donde fueron a la Groenlandia, y desde allí, por el Estrecho de Davis, a la tierra del Salvador, que ya es tierra de Indias, la cual tierra—añade—tan sólo dista cincuenta leguas de la Groenlandia.

Fué asimismo un famoso sabio, en España nacido, el gran Séneca, otro de los que hablaron a los mortales de la existencia de un Nuevo Mundo inexplorado en la parte por donde el sol se pone, y el padre José de Acosta tradujo así en su *Historia Natural y Moral de las Indias* (libro I, capítulo II), la profecía que Séneca escribió en la tragedia *Medea* (acto segundo, al final):

«Tras largos años vendrá
un siglo nuevo y dichoso,
que al Océano anchuroso
sus límites pasará.

Descubrirán grande tierra;
verán otro «Nuevo Mundo»,
navegando el gran profundo
que ahora el paso nos cierra.

La Thulé tan afamada
como del Mundo postrera,
quedará en esta carrera
por muy cercana contada.»

También Cicerón, Macrobio y Marciano Capello, con varios más, aventuraron la existencia de otro continente antípoda del nuestro, y en una erudita monografía del ilustre escritor francés Gaffarel, existe una curiosa interrogación a las posibles relaciones habidas entre el Viejo Mundo y América con anterioridad a la fecha de su descubrimiento.

Nuevos tiempos pasaron. Enseñanzas del Deuteronomio, de Esdras, de Isaías, ¿quién os descifrarán?... Pasaron los días, los años y los siglos, desde aquellos venturosos períodos en que hombres saturados por la inspiración, narraban los textos divinos, la palabra de Dios, escrita en los Libros Santos, hasta que un día glorioso, la videncia de un marino acertó a descifrarlas.

Todo lo expuesto justifica la atención que los historiadores han venido prestando a esta clase de estudios e investigaciones desde la más clásica antigüedad, y el particular interés de sus respectivos trabajos geográficos e históricos, dirigidos con especial preferencia a las comarcas occidentales de nuestro planeta. Mas no entra en mi propósito, al bosquejar estas ideas, el iniciar tan siquiera una prolija disertación sobre tema tan vasto que el caudal científico e histórico de todos los pueblos ha desentrañado, porque todas las teorías expuestas sobre el expresado tema no son, en definitiva, sino arbitrarias conjeturas y suposiciones que en la tupida niebla de la verdad se esfuman hasta que Colón, aquel inmortal navegante que supo dilatar los confines del mundo explorado, con su maravillosa intuitiva y los conocimientos cosmográficos que poseía, que fueron los que le aseguraron la posibilidad de una nueva y más corta ruta en el Océano para las Indias, descubre las vírgenes tierras de América.

Indiscutiblemente, Colón buscó la India, la China, el país de las especias, el país de Cipango, lleno de oro; el gran Kan de Tartaria, del cual dicen las gentes que se hallaba indeciso en reconocer como verdadero Dios a Jesús o a Mahoma.

Y eran aquellos pueblos primitivos, que hallábanse diseminados en los extensísimos territorios americanos, los que aun no habían podido unificar sus creencias; ni sus idiomas, ni sus costumbres, no habiendo logrado establecer, sino en muy contados casos, rudimentos de leyes; estando, por consiguiente, todos esos pueblos muy lejos de poder parangonarse en cultura y civilización con los países europeos.

Por esta causa, los pobladores primitivos de América al quedar abandonados a sus propios medios habrían tardado muchos siglos en encontrar las ideas de cultura que, pletóricas de vida, ya existían en el Viejo Mundo. Así es que fué preciso, para que esos pueblos pudieran prestar rápidamente el concurso de su fuerza y de su mentalidad, el que quedara establecido el contacto con aquellas naciones que, por disfrutar plenamente de los beneficios emanados de la cultura y del progreso, hallábanse en condiciones de difundir su propia civilización; benemérita empresa que fué a España a la que la cupo la honra y la gloria de su realización.

Fortuna y grande fué, pues, para los pueblos aborígenes de América el que fuera a España a la que correspondiese la magna obra de su descubrimiento, conquista y colonización, porque entonces España, por encontrarse en condiciones distintas a todos los demás Estados, era la única capaz de emprender una empresa que tuviera como preferentísima aspiración ganar para la santa causa de la civilización, al indio inculto y guerrero.

Y así sucedió, porque la España de aquellos venturosos tiempos pasaba por un período evolutivo que tenía su origen en la terminación de aquella lucha legendaria que había tenido que sostener hasta conseguir con la unificación de su territorio, la de su gobierno. Y por esta razón, ufanábase en ampliar su saber en el vasto campo de las ideas. Era, pues, España un pueblo sabio, rico, pleno de vigor de entereza y de temeraria acometividad, relevantes cualidades éstas que, al ser sumadas a las de su fe religiosa y acendrado amor patrio, la sirvieron para rescatar, tras constantes y siempre enconadas luchas, sus ciudades a los moros, y como todos aquellos pueblos formados en el ambiente de la guerra, era España celosa de su gloria de

su poderío y de su fe, pues también había sabido combatir sin tregua en defensa de sus acrisoladas creencias.

Son, por consiguiente, estos hechos los que nos prueban que en esa época existía en España un espíritu nacional, perfectamente definido y reciamente expresado, con dos aspiraciones supremas: afianzar y acrecer su poderío, y agrandar y enaltecer el triunfo de la Cruz, manifestándose en la realización de ambas aspiraciones, esa inmensa e inconfundible actividad suya, que es a la que se debe quedara marcada con vigoroso trazo su transición en la Historia. Y mientras en su seno ya se presentían los albores del gran renacimiento, allá muy lejos, en las playas opuestas de un mar antes inexplorado, las naves de España hallaban nuevas tierras de promisión.

Sin ninguna duda aquel momento era el verdaderamente propicio para el descubrimiento del Nuevo Mundo, y Dios, supremo regidor de la historia, quiso conceder esa imparangonable gloria a España, a la Nación grande, valiente, decidida y generosa que sin reservas supo lanzarse a su descubrimiento, conquista y colonización.

Hallábanse los pueblos de América, cuando fueron descubiertos, respecto a colonización, en un estado análogo a la de los pueblos europeos al iniciarse la invasión de los romanos, cuando huyendo de comarcas inclementes luchaban para obtener la posesión de países más fértiles y benignos.

Así es que en América entonces, como en España muchos años antes, era la guerra la ocupación primordial de sus habitantes y, en consecuencia, la victoria su más suprema ambición, y aunque en términos muy rudimentarios ya existían entre los pobladores de esos pueblos primitivos algunas organizaciones de carácter social y religioso. Sus gobiernos—valga la palabra—hallábanse constituidos en forma tal, que la autoridad que era única, residía en el Jefe de la tribu, sin que para el desempeño de su cargo tuviera ningunas leyes o tan siquiera normas que limitaran su prepotente y caprichoso poder.

Su organización religiosa era algo más completa, pudiendo contar en algunos casos con templos, con sacerdotes y con la fidelidad de los creyentes; adoleciendo el ejercicio de su culto del grave mal de ser ejercido tiránicamente, pesando como un repugnante tributo de sangre por la crueldad de sus ritos, siendo religiones todas éstas que en absoluto carecían de toda idea levantada y generosa que pudiese servir para despertar entre aquellas gentes virtudes y cualidades morales, no estimulándose entre ellos sino el amor al terruño y a la victoria, condiciones indispensables para los pueblos guerreros.

Su organización social era casi negativa; pues el hábito de la guerra agotaba casi por completo sus actividades, llegando su incultura al extremo de ignorar aquellos auxilios que a los humanos pueden y deben prestar los animales domesticables, servicios penosos y de degradación humana, que, por la expresada causa, estaban encomendados a otros hombres de clases aún más inferiores. Como que entonces, entre esas gentes, la vida de los humanos carecía de valor, hallándose sometido su pensamiento a un cúmulo de supersticiones a cual más absurdas, que eran las que constituían la parte más importante de su religión. Habían conseguido,

sin embargo, algunos progresos en la observación de los astros, que eran los inspiradores de sus religiones, debiéndose a esta causa, pues estaban por ellos considerados como divinidades, el descubrimiento de fenómenos astronómicos hoy corroborados por la ciencia.

Entre ellos existían agrupaciones de vendedores, y hasta lugares fijos para la realización de sus respectivas ventas, de donde se deduce que, aunque en forma muy primitiva, ya funcionaba el mercado, el derecho de propiedad y también el de obtener cada cual un beneficio proporcional a sus labores. Su idioma, que era imperfecto, carecía de escritura fonética, valiéndose para su expresión, entre las tribus más adelantadas, del geroglífico, labor que, por constituir una ciencia difícil, solía estar encomendada a los sacerdotes, los cuales eran al mismo tiempo cronistas y narradores de sus hazañas, y conservadores de sus glorias y tradiciones.

Este era el grado de civilización existente entonces en los centros más adelantados de la inexplorada América; porque en las más de las regiones, por vivir sus pobladores en tribus sin territorio fijo, no poseían más organización que la iniciada por sus jefes guerreros, no alcanzando en sus respectivas prácticas religiosas ni tan siquiera a la existencia del sacerdote. Y, en cuanto a su acción social, no habían llegado ni al uso de la ropa y la cabaña, desconociendo hasta las más rudimentarias comodidades que los hombres se procuran al iniciar sus pasos por la senda de la civilización. Su ilustración quedaba limitada a la práctica de la caza y la pesca, y al conocimiento, entre los denominados *hechiceros*, del uso medicinal de algunas plantas, con cuya aplicación pretendían curar a sus enfermos.

La civilización en América, en el acto de su descubrimiento, era relativa en los territorios de Perú y en el Imperio Azteca, y casi negativa en el resto del Continente.

* * *

Voy a exponer ahora, prosiguiendo la tarea que me he impuesto, cómo estos habitantes llegaron a formar rápidamente aquellos pueblos que más tarde, consecuentes con las leyes de la Historia, siguiendo los dictados de una evolución bien definida, fueron, pero ya separados de la madre España, los creadores de las hoy florecientes naciones del Nuevo Mundo.

A cuyos correspondientes fines habré de comenzar diciendo que esas dos supremas aspiraciones del alma española de que ya he hablado, tenían que constituir como en todas nuestras empresas de aquel entonces, los móviles básicos de la conquista de América. Y por ello fué emprendido por soldados y misioneros, pero no queriendo buscar en el suelo americano un lugar propicio a la colonización, sino viendo en él preferentemente un país sustraído hasta entonces a la Corona de España.

Por esta razón, jamás se pretendió fundar en América una serie de departamentos coloniales de carácter europeo; anhelando formar, por el contrario, pero

conservando las razas aborígenes, un gran imperio sometido al cetro de los Reyes de España. Y en natural y lógica consecuencia con este propósito, pusieron en acción cuantos medios se tenían para organizar en un ambiente de franco progreso a todos los pueblos conquistados, buscando en la severidad y en la aplicación de las leyes, la protección y el consiguiente respeto para los pueblos vencidos, librándolos de esa manera de los excesos disculpables de la soldadesca conquistadora.

Por consiguiente, sometidos vencedores y vencidos a los preceptos de unas leyes iguales para todos, oyendo la armónica expresión de un mismo idioma, practicando apaciblemente unas mismas costumbres y comulgando unos y otros en el credo de una misma religión, se obtuvo, como se anhelaba, la fusión en un mismo pueblo de tantos otros de éstos, antes diseminados y enemigos entre sí.

Data, pues, de esta tan humanitaria conquista el nacimiento para los más altos destinos de la Humanidad de los pueblos americanos, de esos pueblos cuya vida actual nada de común tiene con aquellos pueblos dispersos y atrasados, que a la llegada a sus costas hallaron los españoles. Por tanto, el origen, la historia y la raza de esos pueblos, así como la base de su cultura y costumbres, tiene su fundamento en aquella civilización y en aquellos hábitos españoles impuestos con tan perseverante fe y constancia por los conquistadores de las vírgenes tierras americanas.

Muy cierto es, que no es este el momento más propicio y oportuno para intentar hacer una calurosa y documentada defensa respecto de nuestra harto injustamente calumniada guerra de conquista; pero sí lo es, sin embargo, para que pueda señalar, aunque sea a «vuela pluma», los efectos que ella produjo.

A los expresados fines, tenemos que partir del hecho de que los pueblos aborígenes de América, por su peculiar naturaleza y por su especial forma de vivir, tenían que dar motivo a constantes y profundas divisiones entre ellos mismos, impidiendo, por tanto, estas persistentes luchas su unificación en naciones dignas de merecer por su actuación el respeto de las demás. Precisaba, por consiguiente, para que pudieran lograr esas tribus dispersas su unidad, o bien la supremacía de alguna de ellas lo suficientemente poderosa para poder extender sus conquistas por todo o por una buena parte del Continente o la intervención en sus pérdidas y porfiadas luchas de un prepotente poder extraño que, por hallarse dotado de elementos superiores de todo orden, pudiera, mediante su decisiva acción, someter a una unidad nacional a todos aquellos mil pueblos distintos, que eran, además, enemigos encarnizados.

Siendo esta obra de unificación, cuyas dificultades son incalculables, la que con su voluntad recia y persistente, con tanto acierto como eficacia, supieron llevar a feliz término los conquistadores españoles, favorecidos por su energía, por sus elementos superiores y, muy principalmente, por su incomparable organización. Como que tan pronto como lograban ocupar un territorio, en él, sin pérdida de momento, desarrollaban todos aquellos cultivos y trabajos de que fuera susceptible, interesando en las labores llevadas a cabo a los naturales del país conquistado que, confundidos y mezclados con los conquistadores y colonizadores, con asombrosa rapidez quedaban a ellos ligados, unas veces por lazos emanados por los intereses del trá-

fico ya creado; por la constitución de familias, otras, y siempre por una fe espiritual común.

Y como tenía que suceder, inmediatamente surgieron en el campo de acción de las regiones conquistadas las necesidades inherentes al desenvolvimiento de la vida y para poder dar a éstas una bien cumplida satisfacción, se creaban los pueblos y ciudades, se labraban los campos y se explotaban las minas; constituyendo, por tanto, cada lugar así civilizado un estratégico punto de apoyo y un eficaz estímulo para proseguir decididos y con ánimo esforzado la conquista.

¡Oh conquistadores y colonizadores españoles del territorio americano!.. Erais intrépidos como Aquiles y cautos y virtuosos como Perseo. Peleando sin tregua por la luz resplandeciente de la verdad como el vigoroso Aya, aprendisteis a derrochar con la sonrisa en los labios vuestras preciosas y sublimes existencias. Cada expedición vuestra a través de aquellos campos de ensueño, de aventura y de poesía constituyó una odisea. Vosotros, nuevos Ulises, retornando triunfantes de Itaca, después de haber realizado formidables y épicas hazañas, aromadas por las perfumadas fragancias de la victoria redentora, supisteis encarnar la personificación del tipo ideal del héroe legendario, dando patentes muestras de vuestro insuperable genio emprendedor y de una espiritualidad de asociación tan vigorosa como imparangonable.

Al mismo tiempo, el celo incansable, y la abnegación suprema, y la meritoria labor de cultura y de patriotismo llevada a cabo por las misiones españolas, eran actos y acciones que contribuían definitivamente a los éxitos de todo orden que se obtenían. Porque eran estos beneméritos, estos admirables y abnegados apóstoles, divulgadores de la fe de Cristo, los que sin hacer jamás uso de la violencia, y valiéndose tan sólo de su saber y de sus ejemplos, catequizaban a los indios, a los cuales enseñaban, a la vez que los preceptos divinos de nuestra religión, costumbres sociales y de urbanidad, adiestrándolos al mismo tiempo en la práctica de sencillas industrias y de oficios manuales, y cuyos correspondientes conocimientos servíanles para mejorar visiblemente su propia condición y la de sus allegados. Eran los indios asimismo defendidos por esos misioneros, sus bienhechores, cuando injustamente se los atacaba. En fin, que los misioneros españoles constitúan para los indios, y conviene que esto se proclame, su más firme sostén, su más constante apoyo, así como sus sabios maestros, sus guías y fieles consejeros.

Como que de no haber sido por la abnegada y heroica labor llevada a cabo por los beneméritos misioneros españoles, que supieron descubrir y conquistar para la fe y la civilización la mayor parte de las impenetrables regiones de América, de nuestra España, en ese Continente por ella descubierto, no habría quedado más que el recuerdo, tan amargo como injusto, de hombres e instituciones calumniados por la ignorancia, la envidia y la ingratitud.

Porque es a esos humildes soldados de la cultura española a los que corresponden los primeros y más ponderados triunfos de la Geografía y de la Historia de América; pues ellos, con el crucifijo en una mano y la brújula en la otra, todo lo descubrieron y exploraron; desde las vertientes de los caudalosos ríos y selvas impenetrables del Ecuador, Perú y Brasil, a las enormes Pampas de la Argentina y

los apartados confines de la Patagonia. Estando precisamente el valor de su admirable y sin par obra en los alegatos por ellos aportados en todas las cuestiones suscitadas, por límites y fronteras, entre las naciones americanas, en las cuales siempre sus testimonios, por su imparcialidad y competencia, tuvieron un irrefutable y, por tanto, decisivo valor. Y fué la corona del martirio la que orló la frente de muchos de ellos, los cuales, pensando en la Patria bien amada, supieron ofrendar su vida en holocausto de tan sublime ideal, predicando con los Evangelios la paz, el amor y la caridad.

¡Benditos y bienaventurados sean ellos, que, inspirándose en los sublimes ejemplos del Redentor, pudieron efectuar esa tan apostólica fe; labor tan magna, tan fecunda, tan noble, tan desinteresada y tan imperecedera en pro de la Raza y de la Historia!

¡Oh, beneméritos descubridores, conquistadores, colonizadores y civilizadores, sangre de la Hispania fecunda! ¡Espíritus fraternos, luminosas almas, Salve!

* * *

Poco a poco España, en sus anhelos de seguir derramando cultura, iba, entre el fragor de aquellas luchas, cimentando rápidamente la civilización en América. Ya habían sido introducidos en ella nuestros usos y costumbres; ya prestaban los animales domésticos sus servicios; ya se labraban los campos con su ayuda, y con la ayuda de esos animales también se efectuaban los consiguientes transportes; los poblados, en general, hallábanse ya formados por conjuntos de casas con sus correspondientes techumbres, viviendas que eran ofrecidas por igual a los colonizadores que a aquellos indios que antes se guarecían en las cuevas, en las frondas de los bosques o entre los picachos y los riscos de las montañas; los cultivos y la ganadería, por su extraordinaria intensificación, aseguraban abundantemente la subsistencia de la vida de los hombres, así como la de aquellos animales destinados a sus labores y servicios; los vestidos, como signo primordial de civilización, ya cubrían todos aquellos cuerpos, antes desnudos; la familia, ya instituída, funcionaba bajo la más escrupulosa vigilancia de los misioneros españoles, como base de toda sociedad. Desterrados habían quedado para siempre los sacrificios, tan sangrientos como innecesarios, exigidos por el rito de una religión cruel, como era la que ellos profesaban. Olvidadas quedaron también sus falsas divinidades, para entrar en el seno y en la paz de la Iglesia de Cristo, y en el conocimiento y adoración de un Dios, todo bondad, que ofrecía el mismo cielo para todos los mortales, llamando por igual su hijo al valeroso capitán de las fuerzas españolas, que al benemérito misionero, dechado de virtudes, que al más humilde de los indios.

Gloria y muy excelsa es la que merece España por esta su colosal obra, en que para obtenerla supo luchar, como es público y notorio, contra la fatalidad de los elementos. Sus hombres al grito victorioso de ¡Viva España! lograron plantar la Cruz en el istmo que bañan el Atlántico y el Pacífico; también ellos supieron surcar

sin norte fijo y rumbo desconocido las aguas del Misisipí, del Orinoco, del Amazonas y del Plata; asimismo la cuna de la humanidad tendrá nuevos astros que admirar y otras fragantes y variadas especies que aspirar en su paso por América inventado por Hernando de Magallanes.

El indio había quedado sometido a la civilización; sus dioses, por este hecho, habían quedado convertidos en malvados; los de los persas son la luz y el fuego, puesto que adoraban el Sol; los egipcios protestan airados de la tiranía de los suyos, y es el pueblo hebreo el que ha encontrado un sólo Dios. Así es que esta unidad del mundo ya entrevista en Asia, la tenían que pedir Grecia con su helenismo y Roma con su cristianismo ideal. ¡Crueldades, injusticias, opresiones! Mirémoslas todos los pueblos, y con mayor motivo aún entre aquellos que alardean de países prototipo de civilización, en el tiempo y en el espacio. Veremos en el primero que todas ellas, las reales y las que no están abultadas, vistas a través del transparente prisma de la época, no son, dando la razón a la verdad histórica, sino una consecuencia natural de aquella actuación; asimismo veremos en el segundo, que ningún otro pueblo conquistado dejó de superarlas.

Recordemos a este propósito la hermosa parábola de la mujer adúltera y las bellas y sabias enseñanzas del sermón de la Montaña, diciendo nosotros en clamores de noble y honrada sinceridad con el gran Rabí: «Aquel de vosotros que esté limpio de todo pecado, arroje contra ella la primera piedra».

Pensemos en el hecho de que no es madre solamente la que genera, sino que también lo es aquella que adopta y sabe cumplir dignamente con todos los deberes impuestos a la maternidad. Porque aquella madre que trae al mundo hijos para abandonarlos, no pasa de ser la hembra; por el contrario, si ésta sabe amparar, educar y atender desinteresadamente a los pequeñuelos, ésta es la santa, la verdadera madre, pues ha sufrido todas las espinas sin la aureola augusta, sublime y santa de la maternidad.

Y por iguales causas y razones, tampoco es hijo el que sólo atiende para proclamarlo al nacimiento; porque en el «nacer» hay toda una amplia escala de valores de la ciega fatalidad, cuyo primer fundamento corresponde al hecho de no ser uno el encargado de elegir el lugar para nacer. En cambio en la mayoría de los casos depende de nuestra voluntad la elección del lugar donde se vive. Y allí, en su propia alma, alienta todo el espíritu nuestro y en el órgano espiritual de la palabra van diluidos sentimientos, ideas y aspiraciones... Y esto es lo ocurrido con España que supo difundir en América con los Evangelios de la religión los del lenguaje, la palabra santa de Jesús y la hermosa habla de Castilla.

Hay, pues, que reconocer que la invención de América por España constituye la de la libertad universal, porque allí, en ese suelo, es donde empezó a moverse, y así seguirá. Como que también podemos afirmar, ateniéndonos a las realidades de los hechos, que es en ese inmenso escenario de aquella prolongación del planeta donde habrá de resolverse forzosamente ese gran problema del porvenir del Mundo.

Y en lo que se refiere al cariño mutuo, noble y sincero entre españoles y americanos, confesemos, pero de una vez para siempre, que nuestros yerros, que nues-

tros pasados dolores, que nuestros antagonismos y tantos signos más de nuestra acción, son precisamente el fundamento de nuestro entrañable cariño, pues amor sin sacrificio, sin abnegación, sin luchas, sin diferencias, y, por último, sin dolor, no es amor... Celo y no más que celo a la usanza de la fauna irracional sería amarse tan sólo por las glorias imperecederas de la raza, si éstas no estuvieran ya sublimadas, purificadas y enaltecidas por las lágrimas que hace brotar el dolor, la abnegación y el sacrificio.

Ya había sucedido a aquella despótica e inapelable tiranía ejercida por las autoridades indias, una administración de justicia, reglada por leyes sabias y prudentes, cuya interpretación y aplicación hallábase encomendada a funcionarios conocedores del derecho y conscientes de sus deberes.

Se les permitió, dando cumplimiento a los textos de esas leyes, que nombraran con plena libertad sus magistrados, y que con esa misma libertad constituyeran sus Ayuntamientos, que a la vez gozaban de completa independencia administrativa, implantando en ellos más tarde los fueros, usos y costumbres de las regiones de donde eran oriundos los colonizadores, correspondiendo a éstos el honor de haber puesto en acción aquella virtud asimiladora—heredada de los romanos—, que los servía para conservar constantemente con la más exacta fidelidad la institución romana del Municipio con todas sus fundamentales prerrogativas y derechos.

A los muchos idiomas existentes en esos territorios entre sus primitivos pobladores, todos ellos tan atrasados cuanto incompletos, fué sustituyendo el español idioma, con un léxico rico, armonioso y perfectamente uniforme.

Y, por último, de la fusión de las razas, vencedora y vencida, surgió para los más altos destinos de la Humanidad, una raza nueva, fuerte e inteligente, que amante de su suelo e identificada plenamente con sus medios y costumbres, podía proclamar era la verdadera raza hija de aquellos países de ensueño y de aventura que por su extraordinaria fertilidad y asombrosa belleza obligan a cuantos los visitan a exclamar con el salmista: *¡Possuit prodigia super terram!* (¡Ha hecho Dios cosas prodigiosas sobre la tierra!...) Sí, porque hay que reconocer que con esos exuberantes países, plétóricos de vida, nació esa raza hija de la Hispania fecunda, para empezar en ellos su historia y para al llegar a su mayoría de edad independizarse y ser en ellos su reina y señora.

Y habré de citar como hecho irrefutable, demostrativo de que fué siempre favorable el espíritu de la Metrópoli a la labor humanitaria de la grandiosa obra de la colorización, el establecimiento de la Casa de Contrataciones de Sevilla, instituída por la Ordenanza dictada en Alcalá de Henares por los Reyes Católicos en 20 de enero de 1503. También se dispuso por Real Cédula de 14 de septiembre de 1519, publicada en Barcelona, que uno de los jueces de la Cámara de Comercio, ejerciese por turno su oficio en Cádiz. En 1535 quedó asimismo establecido en dicho puerto de Cádiz un Juzgado especial para atender en todo lo referente a los asuntos de Indias. Con iguales fines, Don Carlos y su madre la Reina Doña Juana, habían abierto para regular, facilitar e intensificar la contratación de Indias, desde el mes de enero de 1529, los puertos de La Coruña y Bayona, en Galicia; de Avilés, en Asturias; de Laredo, en la Montaña y sus encartaciones; de Bilbao, en Vizcaya; de Car-

tagena, en Murcia y las provincias levantinas, y, por último, el de Málaga, para la región andaluza.

Es Prescott el que nos dice que el Gobierno español, lejos de considerar sus colonias como una adquisición extranjera que debía sacrificarse a la Metrópoli, las miraba como parte integrante de su reino, a cuyos fines fueron concedidos sendos privilegios a cuantos contribuyeron con su personal labor a poblar y cultivar las tierras del Nuevo Mundo.

Y son las cartas-pueblas los privilegios y franquicias que los Reyes de Castilla y Aragón concedieron a las Corporaciones municipales durante la Edad Media, las que dieron motivo a memorables proezas en el campo de las armas y en el de la actividad industrial y mercantil, fundiéndose en el más amplio sentido de esta palabra, con aquel espíritu, siempre altivo de nuestro pueblo, los de dignidad y altruista amor a las libertades públicas, al extremo de que si nuestros insignes juristas eran esforzados paladines de esas supremas libertades, también los artesanos, siempre conscientes de sus derechos y obligaciones, aveníanse tan admirablemente con aquellos privilegios de que gozaban, como los magnates con todos aquellos correspondientes a su elevada alcurnia. Por consiguiente, allí, como en aquella famosa y memorable Roma del imperio y de la república, el valor en esas nuevas tierras estaba considerado como una excelsa virtud.

También acude a mi memoria el recuerdo de aquel humanitario precepto de las leyes de Indias, fielmente cumplido, que prohibía que las madres indias pudieran ser obligadas a amamantar con sus pechos a otros hijos que no fueran los propios.

Y es el historiador Reclús, cuyo testimonio nadie podrá tildar de parcialidad, el que nos dice: «Ya no posee España aquellos dominios *donde no se ponía el sol*; pero su antiguo imperio sigue siendo español por el lenguaje, español por el carácter de sus habitantes, sufridos, enérgicos, sabios, altivos, grandilocuentes, magnánimos, patriotas, con todo el conjunto de las raras cualidades que abarca la palabra castellana *caballerosidad*». Es, asimismo, el historiador escocés Róbertson, el que en su *Historia de Carlos V* nos hace observar el progreso alcanzado por el comercio español durante el reinado de este Soberano y de su hijo el Rey Don Felipe II, que ninguna otra nación aventajaba a la nuestra en la perfección de tejidos, en lo populoso de sus ciudades, ni en la importancia de su marina.

Del recto y desapasionado juicio del ilustre argentino D. Vicente G. de Quesada, es el siguiente párrafo: «Es indiscutible que la conquista española no exterminó las poblaciones indias, las cuales sufrieron, en verdad, la suerte de los pueblos vencidos; mas por el contrario, y acto de estricta justicia es reconocerlo así, la legislación colonial les fué benévola y tendió siempre a civilizarlos y conservarlos».

Pero es que aun hay más pruebas, porque aquellos que anhelan mayor número de ellas, que consulten las *Cartas de relación*, dirigidas por Cortés a Carlos V; la *Verdadera historia de la Conquista de Nueva España*, por Francisco de Jerez, y *Los naufragios y comentarios*, del Adelantado Alvarez Núñez Cabeza de Vaca.

En fin, que la historia de la colonización española en América, nos sirve para demostrar ante el Mundo que si hubo errores muy lamentables de conducta, los nues-

tros quedaron superados en aquellas análogas empresas llevadas a cabo por holandeses, franceses, ingleses y alemanes para sojuzgar el territorio de Venezuela.

Fué el insigne polígrafo español D. Joaquín Costa, autoridad indiscutible en estos estudios, el que nos dejó dicho que la epopeya española del descubrimiento de América constituye la apoteosis del deber y un himno a la justicia, que hace del derecho una religión. De todo lo que es encarnación la legendaria figura del Cid, símbolo de nuestra poesía popular nacional y representación genuina del espíritu de nuestra raza.

Y añadió el cultísimo pensador: La humanidad terrestre necesita una raza española grande y poderosa, contrapuesta a la raza anglosajona para establecer el equilibrio moral en el juego infinito de la Historia, y no correspondería a la grandeza de la habitación terráquea la grandeza del inquilino hombre, si al lado del Sancho británico no se irguiese puro, noble, luminoso, soñador, el Quijote español, llenando el Mundo con sus lauros, afirmando, a través de los siglos, la utopía de la edad de oro y manteniendo perenne aquí abajo esa caballería espiritual que cree en algo, que siente por algo y que se sacrifica por algo, y con esa pasión y con esta fe y con ese sacrificio, para que la tierra sea algo más que una factoría, que un mercado donde todo se compra y todo se vende.

Por consiguiente, ya no puede caber duda, y a mayor abundamiento, después de cuanto llevo expuesto, que españoles o hispanoamericanos deberemos contribuir con voluntad recia y persistente, al fomento y enaltecimiento de la raza hispánica, y no por el temor de ese tan debatido peligro panamericano, peligro este que en su fondo no lo es, por la sencilla razón de existir un amplio campo de posibilidades con vida más que suficiente para civilizaciones de tipo propio, y que por un infinito número de causas y de concausas no pueden ni deben ser excluidas, sino por la elevada misión civilizadora que el mundo nos confió y que aun nos tiene reservada, porque quién será capaz de negar que no sean las ínclitas razas de la Hispania heroica y fecunda a las que correspondan completar la gloria excelsa de su grandiosa epopeya del descubrimiento de América, y mediante la brújula, la abnegación, el heroísmo y la suprema videncia de un nuevo y genial Colón, marcar la verdadera ruta a seguir por la Humanidad para arribar henchidos de fe y de esperanzas, victoriosos a las apacibles y serenas playas de la libertad, de la justicia y del derecho.

* * *

Esta es, aunque a muy grandes rasgos trazada la obra de la conquista de América por los españoles. Con la realización de tan magna empresa se alcanzó la unidad de territorio, la de religión, la de usos, la de idioma, la de gobierno y, sobre todo, por ella y sólo por ella la creación de una raza nueva, a la cual Dios quiso ofrecer como patrimonio propio aquellas fértiles y fecundas tierras que habían sido ofrecidas a la civilización por un país grande culto y generoso, creador de esa raza viril, a la que, al ofrecerle los frutos de su saber y de su experiencia la preparaba para

luchar en los contrastes de la vida, con todos aquellos amores con que se educan a los hijos queridos para que después ellos, ya en el mundo de las actividades, puedan hacer uso de su saber, de su experiencia y de su fuerza.

Y habré de citar ahora como ejemplo que sirva para corroborar lo dicho, que la América española se vanagloriaba al independizarse de poseer más intensa cultura que la Metrópoli, curioso dato que responde al hecho de que en el reinado de Carlos III, en nuestro emporio americano, con una población de diez y seis millones de habitantes, existían once Universidades, cincuenta y seis Institutos de segunda enseñanza, varios Seminarios conciliares y un gran número de Centros culturales.

De uno de nuestros más insignes historiadores de Indias, es el siguiente comentario en pro de nuestra labor: «No soñaron los poetas antiguos, no han visto las modernas generaciones, ni es probable que presencien las edades venideras una serie de heroicidades tan estupendas como las que hicieron nuestros mayores al emprender y realizar el descubrimiento, la conquista y la colonización de América». Y es López de Gomara el que en documento que ha pasado a la Historia, decía al Emperador Carlos V: «Señor, la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias».

Como que el descubrimiento de América marca con vigoroso trazo en el libro de la Humanidad un momento inicial, esencialismo en la vida de los pueblos, del cual puede y debe ufanarse España, por haber tenido el acierto y la oportunidad de injertar en el tronco joven del Nuevo Mundo, con todo el contenido ideal de la cultura moderna su espíritu generoso, vivificador y altruista. Y así tendrán que reconocerlo propios y extraños como homenaje ofrendado a la verdad histórica; porque la vieja madre no solamente ofreció a nuestros hermanos de allende los mares su gesto honorable y caballeresco, su habla armoniosa, rica y elegante; porque dióles también el valiosísimo caudal de su ideología, tan intenso, tan sabio y tan progresista, como el más ponderado, y que como tal era el que servía de patrimonio cultural a los pueblos más adelantados de aquella época. Porque hay que tener en cuenta que los pueblos no son solamente hermanos por el idioma, sino que más bien lo son por la fusión del pensar con el sentir, y en tal razón, ambas manifestaciones del espíritu provenían de españolas gentes y de hispanas tierras, y cuya esencia del alma continúa y continuará inalterablemente aromando con sus fragancias por los siglos de los siglos su vivir.

Y así tiene que suceder, porque cosa harta sabida es que no hay, que no puede haber amor sin dolor y también que no hay sublimidad sin sacrificio. Tengamos, pues, presente que España amó al mundo antiguo y al mundo nuevo, porque de no haberlos amado tanto aquella imparagonable pujanza suya, aquella varonil y constante exaltación de su indomable voluntad en bien del género humano, habría quedado reducida al propio y exclusivo provecho; no las hubiera amado tanto y el viejo Continente habríase enrarecido y la joven América como la Atlántida de Platón, hubiese quedado sin recibir las esencias maravillosas de la civilización cristiana de aquel próspero siglo, para la patria de Pelayo y del Cid.

Y qué duda puede haber de que el descubrimiento de América sin los estragos consiguientes a la conquista no sería obra humana. Nuevo paraíso terrenal sería

América con la sierpe del Eden. Acordémonos de ésta para impedir que la obra del espíritu del mal triunfe, y bendigamos la hora luminosa y bendita en que cupo a nuestra civilización cambiar su carácter de mediterránea en oceánica, merced a las ansias renovadoras del renacimiento, al duro destino de la infeliz Constantinopla, a la sed de expediciones de Portugal, y a la apostólica fe en el milagro ofrecido por Colón al noble y sano pueblo español. Y por ello, en premio a tan grandiosa obra, nació en América la raza hispanoamericana, la que había de formar aquellas modernas naciones; la que habló en español, la que amó sus ciudades y supo imponer en los más remotos lugares los frutos de sus fértiles campos; la que, por fin, plena de entusiasmo y de energías, considerándose fuerte y capacitada para regirse por sí misma independizó su suelo de la tutela del Gobierno español.

Consumada quedó la obra de independencia, comenzando desde ese momento los nuevos Estados su vida autónoma y libre. Pero, a pesar de las porfiadas luchas habidas, todo en esos países seguía siendo español: lenguaje, costumbres, cultura, porque en estas nacientes nacionalidades se seguía pensando y discurriendo sujetos a las enseñanzas, a las tradiciones y al carácter que de España habían recibido y heredado los naturales de ellos.

Porque el pueblo que se había sublevado contra España al grito de ¡Independencia! era aquel mismo pueblo que se había formado durante el transcurso de la dominación española; el que había nacido, crecido y desarrollado a la sombra de las leyes y del saber español; pueblo que por vez primera iba a saborear las dulces mieles de su independencia; el que por poseer ya cultura bastante, fuerza suficiente y hasta muy legítimas ambiciones, anhelaba tener una patria propia que fuese su más preciado patrimonio, el de la raza, de esa raza que había venido al mundo sin nada propio, es lo cierto; pero para amar y enaltecer su suelo, ese suelo donde había nacido, donde se iniciaba su historia, donde radicaban sus tradiciones, donde vibraban los ecos todos de todos sus recuerdos, donde tenían sus esperanzas, sus proyectos de vida, en fin, sus ensueños de gloria...

¿Qué es lo que significa y representa el acto de la emancipación en sus relaciones de España con sus hijos de América?... La emancipación de esos pueblos, como está plenamente contrastado, no significa ni representa en su fondo otra cosa que la ventilación de un pleito interno e íntimo sobre diferencias de familiares, disgustos del hogar, que en nada podría menguar los estrechos y sagrados vínculos que en la sangre, en la gratitud y en los recuerdos de heroicas abnegaciones fundieron en una sola el alma excelsa y luminosa de la raza.

Separóse España de América, pero dejando en aquel suelo, regado con sangre y con lágrimas españolas, su alma dolorida. Y como digna y amorosa madre, supo esperar el venturoso momento en que aquellos hijos queridos, fogosos y turbulentos, dejasen de embriagarse con el néctar de su libertad, para que volvieran sus miradas a la madre bien amada, a cuya primera sonrisa supo contestar España ofreciendo ese abrazo sublime, entrañable, que siempre tienen las madres para celebrar con jubiloso entusiasmo el regreso de sus hijos, no importando que éstos, en el ardor y en la loca ceguera de la juventud, siempre anhelosa de triunfos, de pasiones y de ideales, las hayan tenido en el olvido más doloroso e injusto.

¡Oh, España, Patria bendita y amada! Oigo el llanto aflictivo de tu dolor; veo las copiosas y ardientes lágrimas que brotan de tus ojos de amorosas miradas con que despidas a tu hija amantísima, criada a la sombra de tus banderas, siempre gloriosas. Y el mío, pobre mortal, cuyo único mérito consiste en haber nacido de tu seno, te acompaña, con los dioses frigios, al verse abandonados de su madre adoptiva, la Grecia inmortal; con el activo traficante fenicio, ante la sedición de la orgullosa Cartago, que le arrebató un soplo de su espíritu y un caudal enorme de la sangre de sus venas; con el español, nuestro compatriota de la antigüedad, emancipado de la tutela maternal de la cultísima Roma, después de haberse saciado en las próbidas fuentes de la más intensa civilización, y de armar su brazo invencible con el escudo invulnerable del derecho, como siglos más tarde, españoles del más puro abolengo, sin ser de la República y para la República, sino hijos de familias tan rancias y tan conservadoras como las de Bolívar, San Martín, Sarmiento, Rivadavia, Iturbide, Egaña, Hidalgo, Ramírez, etc., que por sus venas corría sangre española de la más pura, fueron los que, ansiosos de lucha y de victoria, lanzaron al espacio los gritos de ¡Despañolicémosnos!

El patriarcado indio había echado hondas raíces en la tierra bendita, que pudo ofrecer digno sitio a la Minerva genialmente esculpida por los mágicos cinceles de Fidias, y homenaje de admiración fervorosa al *Timeo*, de Platón y al *Edipo*, de Sófocles. Porque desde la sangrienta y cruel inmolación de víctimas humanas de los aborígenes de América, hasta el sacrificio incruento del Evangelio, media toda una amplísima escala de valores morales, intensamente acrecentados en el curso progresivo de las memorables civilizaciones fenicia, cartaginense, griega, egipcia, india y caldea. Aristóteles y Píndaro, Franklín y Bello, no vendrán al escenario de la vida sino después que en él se hayan presenciado infinitos dolores y horrendas miserias. Como que la conquista y colonización hispana allende el Atlántico, con todas sus violencias, reales algunas y supuestas las más, no presentarán nada parecido a la barbarie de los pietas, a la crueldad de los celtas, a los pillajes de los piratas oceánicos, a las devastaciones de los Atilas y Gensericos.

Porque muy en cuenta deberemos tener el hecho de que todas las distintas civilizaciones tienen que determinarse al fin en favor de la más humana. Y por ello, lo que a otras civilizaciones pudo envanecerlas no podía enorgullecer a España. Bien avenidos se hallaron en efecto, Mongolia, Palestina y Nubia con aquel quietismo inherente a sus inmensos desiertos. Los dioses e ideas de los arios, el ciclo material de los asirios, el sumo espíritu de los sirios caldeos, la presentida mortalidad de los egipcios, contentáronse con expandirse por las riberas como sus corrientes fluviales en sus respectivos continentes; pero entre las civilizaciones del Mediterráneo, ni a Francia, ni a Cartago, ni a Grecia, ni a Roma, ni a Provenza, les fué dable poner el pie a través del mar tenebroso.

La independencia de América ya constituía una elocuente realidad. Entonces, estas nacientes nacionalidades orgullosas de sus progresos, olvidáronse de aquella madre que las llevó con su propia existencia las excelsas virtudes de la raza... Y que la serenidad en los espíritus, lo que poco a poco comenzó a invadir el pensamiento de los hispanoamericanos, y entonces revisando estos serenamente y sin

apasionados prejuicios su pasado encontraron con que todos los elementos de su vida espiritual y económica habían nacido al calor de aquella España que, por haber constituido la unidad de territorio y la unidad de idioma, había sabido crear donde antes nada había naciones exuberantes de vida, de gloria y de respeto, dando el ser al mismo tiempo a una raza cuya historia data del momento en que alzó el pabellón independiente.

Porque tan sólo una raza activa y poderosa que amase ciegamente y que aborreciera fieramente, es la que podría evitar—después de tantos siglos de titánicos esfuerzos, de sacrificios abnegados, de asolamientos infinitos, de males tan fieros—, que aquellos pueblos volvieran fatalmente a sumergirse en el caos de la India... Pero esta raza, por ventura ya existía y era la hispánica raza. Era ella, y solamente ella la que podía cimar la gloriosa empresa iniciada por Colón; empresa que mediante sus propias y muy relevantes virtudes de todo orden el mundo se sintió regenerado por el espíritu moderno y por las aureas, purísimas y fragantes brisas de la libertad universal.

Por tanto, esa conciencia de la deuda sagrada para con España, ya es hoy en América conciencia general. Como que ya ha partido de bien nutridos grupos de privilegiados intelectuales—queriendo rendir ese fervoroso homenaje a la verdad histórica—, la idea de enaltecer a la madre Patria; sublime propósito que, por significar actos de estricta justicia, está invadiendo plenamente los campos de acción del Nuevo Mundo. Prejuicios hay aún que destruir, porque todavía quedan rezagados en cultura que se permiten arbitraria, injusta y caprichosamente, discutir la gigantesca obra realizada por España en América, con aquel mismo apasionado criterio con que era ésta discutida cuando el ardor de la lucha ofuscaba la claridad de los pensamientos y extraviaba los amores de los corazones; pero ya esos rezagados, por dicha nuestra, van siendo más escasos cada día, y si hubo un tiempo en que casi fué preciso para pasar en América por culto y patriota denigrar a España, vituperar a sus hombres y hasta lamentarse de su imparangonable, asombrosa e inconfundible labor civilizadora, hoy en el solar hispanoamericano tendríase por necio e ignorante a quien con espíritu sereno, recto, justiciero y desapasionado, quiera sostener en las regiones de la intelectualidad y de la Historia, esas tan arcaicas cuanto absurdas teorías. Porque hoy en América, como todos los pueblos por ley de naturaleza buscan su elevación moral, al entrever que tiene con España pendiente una grande y sagrada deuda, como que es la deuda de su vida, vuelve a ella su pecho ardiente de amor, y en filial homenaje, con cariño sincero y corazón ahito, reconociéndola como a noble madre, se honra en proclamarlo.

La América española, a raíz de consolidar su independencia, representaba al coloso que, embriagado por los aromas desprendidos de sus triunfos, había olvidado de depositar el beso cariñoso en la frente serena y adorable de la vieja madre España, de aquella madre abnegada que le había dado su vida y ternura, y que, dolorida y angustiada en su abandono, seguía teniendo para él una mirada siempre dispuesta a todos los perdones y al desbordamiento de todos sus afectos... Hoy su hijo volvió y besa amorosamente los blancos bucles de la madre querida, y tomando su mano la hace sentir, ébrio de entusiasmo, la vida de su vida. Y ella, al sen-

tir los latidos y el fuego de aquella sangre ardiente y joven, que nació de su propia sangre, con santo orgullo exclama: ¡Bendita unión ésta que acerca en dulce abrazo a los que nunca debieron alejarse!...

Acaso España— yo no lo he de negar—, en sus ansias de derramar fe, religión y cultura, acometió con empeño superior a sus fuerzas. Luego de su penoso, abrumador y sublime alumbramiento, quedó postrada, pero no moribunda, como muchos creen. Así es que a los que esto puedan suponer los tendré que recordar que jamás podía pensar Napoleón que su corona triunfal llevaba la mecha encendida desde Bailén para abrasarle en Waterloo. No olvidemos estos hechos en el valor de Pelayo, del Rey Santo, de los Reyes Católicos, de Carlos V y del Cid, ni tampoco en las tierras de Cortés, de Balboa, de Pizarro, de Ponce de León, de Soto, de Garay, de Magallanes, de Grijalba, de Elcano y de tantos otros heroicos y valerosos capitanes...

Porque aquella protesta del ideal, sublimada por Cervantes, puede ser reproducida hoy por cien millones de hombres que hablan la hermosa lengua de Castilla.

Son veinte naciones hermanas las que hoy tienden sus brazos amorosos hacia la madre bienhechora. Por ello puede decirse con Castelar, que ya se honra a España en el suelo americano, cual en su bella y justa profecía lo dejó él consignado. Día llegará, como el insigne tribuno supo afirmarlo, en que uniendo a España a todos los progresos alcanzados haya un culto para ella en ese Nuevo Mundo, para España, manantial inagotable de su vida, como en la Europa culta se honra a Grecia, madre de las Artes y de las libertades, y como se enaltece a Roma, entraña fecunda de las creencias y del derecho.

* * *

¡Alabado sea Dios!, porque ya han pasado aquellos lamentables tiempos de los odios y de los recelos. Con la serenidad para los juicios vuelven los sentimientos de amor noble y de plena gratitud para la augusta madre de aquellos grandes y poderosos países, que en España encuentran la cuna de su idioma, el origen de sus leyes, la casa solariega, en fin, de aquella gran familia que, extendida por el Nuevo Mundo, forma las jóvenes Repúblicas hispanoamericanas, blasón de gloria imperecedera de la hispana gente. Y por ello, cumpliéndose los designios de la Historia, en el *Día de la Raza*, que es el día del amor, América y España se abrazan...

HILARIO CRESPO

Promotor y propulsor de la Fiesta de la Raza.